

ORTEGA Y LA SABIDURIA

Jesús Mosterín
Universidad de Barcelona

I. SABIDURIA Y FILOSOFIA

La palabra griega σοφία empezó significando habilidad o destreza en cualquier oficio o actividad, pero acabó significando sabiduría. La sabiduría es la habilidad o destreza en el oficio de vivir, es el arte o técnica de vivir lo mejor posible.

La ciencia (ἐπιστήμη) sería el saber teórico, la contemplación desinteresada de la realidad. La sabiduría sería el saber práctico, el saber conducir nuestra propia vida, el saber vivir (no de cualquier manera, sino óptimamente).

La diferencia que hace el griego tardío entre ἐπιστήμη y σοφία, la hace también el latín entre *scientia* y *sapientia*, el inglés entre *science* y *wisdom*, el alemán entre *Wissenschaft* y *Weisheit*, el francés entre *science* y *sagesse*, y el español entre *ciencia* y *sabiduría*. Correspondiendo a las palabras *science* y *sagesse*, el francés dispone de los términos *savant* y *sage*. El *savant* es el que posee la *science*, el *sage*, quien ha alcanzado la *sagesse*. En español podríamos quizás hacer la misma distinción entre *científico* y *sabio*, pero de hecho el uso habitual castellano de *sabio* es ambiguo. A veces llamamos sabio al *savant*, al que sabe mucho sobre el mundo y la naturaleza, al científico y erudito. En este sentido Ramón y Cajal era un sabio. Otras veces llamamos sabio al *sage*, al que sabe vivir (bien), al vividor. Aquí utilizamos la palabra *sabio* sólo en este segundo sentido.

Esta diferencia es crucial para la distinción entre dos variedades de filosofía, que si bien no se excluyen mutuamente, tampoco en modo alguno se implican: la filosofía como amor a la ciencia y la filosofía como amor a la sabiduría.

La palabra *filosofía* ha significado con frecuencia pura y simplemente *ciencia*. Así Newton titulaba su gran tratado de mecánica *Philosophiae naturalis principia mathematica*, y Dalton presentaba su tratado de química como *New System of Chemical Philosophy*. La primera revista científica llevaba por título *Philosophical Transactions of the Royal Society*. Incluso todavía ahora, en Estados Unidos, quien realiza una tesis doctoral en matemáticas, física, química, astronomía o biología, recibe el título de *Doctor of philosophy*. Y en los medios académicos (competentes) actuales la palabra *filosofía* suele usarse con máxima frecuencia en un sentido próximo al de amor a la ciencia, aunque sea un amor crítico y escrutador.

La filosofía como amor a la sabiduría consiste en la búsqueda consciente y reflexiva de la buena vida, en el ansia ilustrada de vivir lo mejor posible. Esta segunda caracterización de la filosofía tiene mayor amplitud histórica que la primera, se da en más épocas y culturas.

Heraklides Pontikós atribuía a Pythagoras el haber inventado la palabra *filosofía* y el haberse calificado por primera vez de filósofo. Por otro lado, también se atribuía a Pythagoras el inicio de la filosofía como modo de vida. Frente a la mera curiosidad de los milesios, Pythagoras no sólo especulaba, sino que invitaba a practicar un cierto modo de vida, y prometía la liberación. Así, la palabra *filosofía* aparece desde el principio unida al ideal sapiencial de un cierto modo de vida.

Todas las filosofías de la India giran en torno a la misma preocupación fundamental: la búsqueda del modo de vida que conduzca a la *mokṣa* o liberación, aunque luego crean encontrar esa liberación en cosas tan distintas como la nada (los budistas) o el todo (las *Upaniṣad*).

La filosofía china también aspira a la sabiduría, si bien los letrados la buscan en la armoniosa integración social, mientras los daoístas la buscan en la espontánea identificación con la naturaleza.

La mayoría de los filósofos contemporáneos importantes se han situado en la primera vía filosófica, la de la filosofía como amor a la ciencia. Ortega se ha situado resueltamente en la segunda, la de la filosofía como amor a la sabiduría. Esto disminuye su interés para nosotros en cuanto científicos, en cuanto profesores, en cuanto miembros de la comunidad académica y universitaria, pero aumenta su interés para nosotros en cuanto humanos y en cuanto vividores. Ortega sigue siendo interesante y actual para nosotros en la medida en que no nos conformemos con vivir de cualquier manera, en la medida en que aspiremos a la buena vida, en la medida en que seamos filósofos de la segunda variedad. En este segundo sentido de la palabra el filósofo es quien trata de vivir lo mejor posible. Quien lo consigue es el sabio.

Muchos creen saber demasiado bien lo que quieren: vengarse de su enemi-

go, acceder a tal puesto de poder, recibir aplausos, acumular riquezas, o gastarlas, demostrar algo a su madre o a su hijo, adquirir o mantener una reputación, ser un Don Juan, o un Rockefeller, o un Lenin, o un Maradona, etc. El filósofo, por el contrario, no sabe qué quiere en concreto. Sólo tiene el abstracto afán de vivir lo mejor posible, no excluyendo ni abrazando a priori ninguno de los citados ideales. El filósofo suspende el juicio y otea el horizonte en todas las direcciones en busca de la más alta cima de felicidad posible. En efecto, antes de vivir la buena vida, ha de investigar en qué consista ésta.

La sabiduría consiste en saber ya cuál es la buena vida, la mejor vida posible, y en vivirla. La filosofía es aspiración o amor a la sabiduría, es una actividad intelectual que tiene como meta el alcanzar la sabiduría.

El filósofo es, por tanto, el buscador de la buena vida. Por eso un filósofo desgraciado constituye el mayor fracaso concebible. La filosofía exitosa desemboca en la felicidad.

El problema filosófico fundamental es: ¿cómo puedo vivir lo mejor posible? El sabio es el que ya sabe en qué consiste la buena vida, y fácilmente y sin esfuerzo la vive. El filósofo es el que quisiera ser sabio, el que investiga en qué pueda consistir la buena vida, con la intención de vivirla. El filósofo es el aprendiz de sabio, el aspirante a sabio. El sabio es el filósofo que ya ha alcanzado su meta, el filósofo exitoso.

Ortega entiende la filosofía en el segundo sentido que hemos distinguido, en el sapiencial, como modo de vida. «... el ser de la filosofía es lo que hace el filósofo, el filosofar es una forma del vivir... Básteme recordar que los griegos..., cuando se preguntaban ¿Qué es filosofía? —como Platón— pensaban en un hombre, en el filósofo, en una vida. Para ellos filosofar era ante todo el *bios theoretikós*... Todo lo que no sea definir la filosofía como filosofar, y el filosofar como un tipo esencial de vida es insuficiente y no es radical.»¹

La palabra *vida* en castellano es equívoca. Por un lado significa lo que Ortega llamaba vida en sentido biográfico, por otro vida en sentido biológico. A lo primero llamaban los griegos βίος, a lo segundo ζωή. La vida en sentido biográfico, el βίος, constituye, según Ortega, la realidad radical. Por eso todos los problemas genuinos son problemas vitales. Pero el primero de esos problemas es el problema de cómo vivir, que se nos plantea a cada instante, obligándonos a cada instante a decidir. El tener que tomar decisiones continuamente nos agobia, y esa sensación de agobio constante es como un naufragio, que nos obliga a nadar para no hundirnos. El hacer filosofía es una forma de nadar.

¹ José Ortega y Gasset: *¿Qué es filosofía?* lección 11.

Muchas sabidurías soteriológicas han presentado esta vida como una cárcel, y han buscado la liberación en salir de la cárcel, sea hacia el cielo, o hacia *Brahman*, o hacia lo que sea. Pero nosotros pensamos que sólo hay esta cárcel y que esta cárcel no tiene salida. Por tanto la liberación no puede ya consistir en salir de la cárcel, sino en vivir en ella lo mejor posible.

El problema sapiencial es un problema de optimización: ¿cómo vivir lo mejor posible? La mayor parte de las sabidurías han dado una respuesta genérica a esta pregunta: la mejor vida posible, la vida óptima consistiría para todos los humanos en lo mismo, a saber, en tal o cual cosa. El daoísmo, el brahmanismo upanisádico, el budismo, Demócritos, Epícurus, los estoicos, etc. ven de modo distinto el ideal de la vida óptima, pero cada uno de ellos formula su ideal con pretensiones de validez genérica. Algunos han subrayado también lo peculiar a cada uno. Así, el filósofo daoísta Zhuang Zhou ha enfatizado el carácter único e irreplicable de cada criatura, que tiene un *dé* (una excelencia o *areté*) peculiar. La felicidad, la vida óptima, es el despliegue natural, espontáneo y sin esfuerzo del propio *dé* de cada cual. Aristoteles fijaba genéricamente la vida óptima (el *bíos theoretikós*) para los hombres egregios, inteligentes y de buen carácter. Las mujeres, los esclavos, los comerciantes, los guerreros, etc. tendrían otra naturaleza distinta y, por tanto, su *bíos* o modo de vida óptimo sería también distinto.

Ortega casi nunca habla de lo genérico, casi siempre recalca lo específico, lo peculiar individual. La vida de verdad es *mi* vida, la *mía*, personal e intransferible. La mejor vida posible para mí sólo es ideal y óptima para mí, no es generalizable o traspasable a otros. A ese ideal personalizado de vida, óptima para mí, es a lo que Ortega llama vocación.

2. VOCACION Y AUTENTICIDAD

La enorme importancia que Ortega concedía al tema de la vocación se manifiesta en la gran riqueza de sinónimos que emplea para referirse a ella. He aquí una lista no exhaustiva: vocación; vocación inexorable; vocación vital; destino (nótese que Ortega emplea esa palabra de modo distinto al habitual; no como lo que ha de pasar y pasa, sino como lo que debiera pasar y con frecuencia no pasa); destino íntimo; destino exclusivo; plan vital; programa vital; programa de existencia; proyecto vital; proyecto de existencia; proyecto de ser; vida-proyecto; misión; yo; yo auténtico; yo necesario; yo irrevocable; el yo que cada cual tiene que ser, quiera o no; fondo insobornable; modo radical de vida; auténtico ser; entelequia; personaje; personaje programático.

Ortega era consciente de esa gran variedad de sinónimos que utiliza. «Te-

nemos, queramos o no, que realizar nuestro «personaje», nuestra vocación, nuestro programa vital, nuestra «entelequia». Por falta de nombres para esa terrible realidad que es nuestro auténtico yo no quedará.»²

La tesis fundamental de Ortega es la de que para cada humano existe una vocación, unívocamente determinada, e independiente de su voluntad y sus capacidades. En descubrir y realizar nuestra vocación consiste nuestra mejor vida posible y nuestra felicidad. La sabiduría consiste, pues, en buscar y realizar la propia vocación. Pero, aunque no tenemos más remedio que vivir de un modo u otro, no es necesario vivir del modo óptimo. Nuestra vocación no la elegimos nosotros. Lo que sí elegimos es el realizarla o no. «Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior, en el sentido de independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico ser, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para *realizar o no* ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse... La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aun con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto.»³ «Vivir es precisamente la inexorable forzosidad de determinarse, de *encajar en su destino exclusivo*, de aceptarlo, es decir, de resolverse a *serlo*. *Tenemos*, queramos o no, que realizar nuestro «personaje», nuestra vocación, nuestro programa vital...»⁴ Aquí «tenemos» significa *deberíamos*, porque también podemos no hacerlo, podemos no resolernos a ser lo que constituye nuestro destino exclusivo o vocación. Por eso dice Ortega respecto a «ese proyecto vital, esa vocación inexorable en que nuestro auténtico yo consiste. Cada cual es “el que tiene que llegar a ser”, aunque acaso no consiga serlo nunca.»⁵

La descripción de la vida en sentido biográfico es la biografía. Y una biografía adecuada no sólo debiera describir la vida real del biografiado, lo que de hecho fue, sino también su vida ideal o vocación, lo que podría haber sido, si la hubiera seguido. De entre «... las cuestiones más importantes para una biografía... La primera consiste en determinar cuál era la vocación vital del

² José Ortega y Gasset: Pidiendo un Goethe desde dentro... *Obras completas*. Tomo IV, pág. 415.

³ *Ibid*, pág. 400

⁴ *Ibid*, pág. 415

⁵ *Ibid*, pág. 405

biografiado, que acaso éste desconoció siempre. Toda vida es, más o menos, una ruina entre cuyos escombros tenemos que descubrir lo que la persona tenía que haber sido.»⁶

Según Ortega cada uno de nosotros tiene una vocación que él no ha elegido, pero que puede realizar o no. La autenticidad consiste en realizarla, la inautenticidad, en dejarla sin realizar. Esto es «lo más sorprendente del drama vital: el hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad... Podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica».⁷ En efecto, «el hombre no puede tener más que *una* vida auténtica, la reclamada por su vocación».⁸ «Todos sentimos nuestra vida real como una esencial deformación, mayor o menor, de nuestra vida posible. La... cuestión es aquilatar la fidelidad del hombre a ese destino singular, a su vida posible. Esto nos permite determinar la dosis de autenticidad de su vida efectiva.»⁹

Ortega juzga la vida del individuo por el rasero de su mayor o menor fidelidad a esa vocación inexorablemente suya, pero no elegida por él, que constituye como una llamada del destino, llamada que puede seguirse o no. Quien no la sigue es infiel, es un desertor y un falsificador de su propia vida. «Lo más interesante no es la lucha del hombre con el mundo, con su destino exterior, sino la lucha del hombre con su vocación. ¿Cómo se comporta frente a su inexorable vocación? ¿Se adscribe radicalmente a ella, o, por el contrario, es un desertor de ella y llena su existencia de sustitutivos de lo que hubiera sido su auténtica vida? Tal vez lo más trágico en la condición humana es que pueda el hombre intentar suplantarse a sí mismo —es decir, falsificar su vida.»¹⁰

Si desoímos la llamada de nuestra vocación, caemos en la inautenticidad y falsificamos nuestra vida, por mucho que tratemos de ocultárnoslo con todo tipo de actividades. «El que hace algo, el que hace mucho, pero no precisamente lo que hay que hacer, ése sí falsifica su vida. Este es el vicio de la laboriosidad. El hombre que trabaja en cualquier cosa soborna su conciencia vital, la cual le susurra que *no* es cualquier cosa lo que debería hacer, sino algo muy determinado.»¹¹

⁶ *Ibid.*, pág. 401

⁷ *Ibid.*, pág. 401

⁸ *Ibid.*, pág. 414

⁹ *Ibid.*, pág. 401

¹⁰ *Ibid.*, pág. 402

¹¹ *Ibid.*, pág. 442

Ortega subraya repetidamente la univocidad irremediable de nuestra vocación, por inconveniente o incluso trágico que ello resulte. «El hombre no puede tener más que *una* vida auténtica, la reclamada por su vocación. Cuando su voluntad le hace negar su yo irrevocable y sustituirlo por otro arbitrario –arbitrario, aunque esté fundado en las «razones» más respetables–; arrastra una vida sin saturación, espectral...»¹² «Hay quien ha venido al mundo para enamorarse de una sola y determinada mujer, y, consecuentemente, no es probable que tropiece con ella.»¹³ «El hombre cuya entelequia fuera ser ladrón *tiene* que serlo, aunque sus ideas morales se opongan a ello, repriman su incanjeable destino y logren que su vida efectiva sea de una correcta civilidad. La cosa es terrible, pero es innegable; el hombre que *tenía que ser ladrón* y, por virtuoso esfuerzo de su voluntad, ha conseguido no serlo, falsifica su vida.»¹⁴

Lo que Ortega nos dice de la vocación parece encerrar una cierta contradicción. A veces habla como si en cada momento tuviéramos que elegir, que escribir la novela de nuestra vida, que inventar el personaje que vamos a ser, y habla de la dificultad y angustia de tal situación. A la vocación así entendida le van bien las denominaciones de proyecto de vida o plan de vida, que Ortega con frecuencia usa, pues un proyecto o plan parece ser algo que nosotros proyectamos o planeamos, y no nos viene impuesto desde fuera. Sin embargo otras muchas veces habla como si la novela de nuestra vida ya estuviera de alguna manera idealmente escrita y sólo se tratase de saber leerla; como si el personaje que tenemos que ser estuviera ya dibujado ante nosotros, y sólo nos cupiese el aceptarlo y realizarlo, o el ignorarlo y dejarlo sin realizar. A la vocación así entendida le va bien la denominación de destino interno o inexorable, que Ortega también usa, pues normalmente asociamos la palabra *destino* a algo que se nos impone, y sobre lo que carecemos de influencia o elección.

En Ortega parece predominar la concepción de nuestra vocación como destino ideal no inventado por nosotros, sino meramente descubierto. Yo puedo inventarme muy diversos planes de vida, que, así, carecen de la univocidad inexorable con que Ortega caracteriza la vocación. Ya vimos que hay quien ha venido al mundo para ser ladrón, y falsifica su vida si no lo es, si elige algún otro proyecto vital. Hay quien ha venido al mundo para enamorarse de una mujer determinada, a la que acaso nunca llegue a conocer. Lo mismo

¹² *Ibid*, pág. 414

¹³ *Ibid*, pág. 411

¹⁴ *Ibid*, pág. 406

ocurre con las más prestigiosas misiones. «Es de sobra evidente que Goethe tenía un destino radical de alondra. Había brotado en el planeta con la misión de ser un escritor alemán encargado de revolucionar la literatura de su país y... la del mundo.»¹⁵ Estas afirmaciones de Ortega son un tanto extrañas. ¿Dónde (y por quién) está escrita la novela de mi vida ideal? ¿Dónde (o por quién) se dice que fulano ha de ser ladrón, mengano ha de enamorarse de tal mujer y perengano ha de revolucionar la literatura?

Ortega incluso extiende su doctrina de la vocación unívoca a las generaciones enteras de humanas. «Cada generación tiene su vocación propia, su histórica misión... Pero acontece que las generaciones, como los individuos, faltan a veces a su vocación y dejan su misión incumplida. Hay, en efecto, generaciones infieles a sí mismas, que defraudan la intención histórica depositada en ellas... Esta deserción del pueblo histórico no se comete impunemente. La generación delincuente se arrastra por la existencia en perpetuo desacuerdo consigo misma, vitalmente fracasada.»¹⁶ También aquí las generaciones, como los individuos, parecen tener una vocación no elegida por ellas, una «intención histórica depositada en ellas», aunque no se nos dice quién habría tenido y depositado tal intención.

3. VOCACION Y FELICIDAD

Si yo no invento libremente mi proyecto vital, si yo no elijo mi vocación, sino que ésta ya está determinada y, por así decir, preparada para mí, ¿cómo la descubriré? La vocación está predeterminada, pero al mismo tiempo oculta. Tengo que hacer un esfuerzo por encontrarla, por desvelarla, por dar con ella. Para eso tengo que experimentar e inventar hipótesis, tengo que esforzarme. Pero mi invención no es libre ni fácil. Una única hipótesis vital es la correcta, y cualquier obra me conducirá a la inautenticidad y el fracaso. ¿Cómo descubrir nuestro destino íntimo?

Ortega nos da una pista: la felicidad. Nuestra vida auténtica sería aquella que nos haría felices. «Toda vida es, más o menos, una ruina entre cuyos escombros tenemos que descubrir lo que la persona tendría que haber sido. Esto nos obliga a construirnos, como el físico construye sus "modelos", una vida imaginaria del individuo, el perfil de su existencia feliz, sobre el cual podemos luego dibujar las indentaciones, a veces enormes, que el destino exterior ha marcado.»¹⁷

¹⁵ *Ibid*, pág. 411

¹⁶ José Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo*, capítulo 2.

¹⁷ José Ortega y Gasset: *Obras completas*, tomo IV, pág. 401.

El gusto que sentimos al hacer algo es síntoma de que estamos en el buen camino, el de nuestra vocación, que conduce a la autenticidad y la felicidad. El disgusto es síntoma de que nos apartamos de nuestra vocación, y caemos en la inautenticidad y el fracaso vital. «El hombre no reconoce su yo, su vocación singularísima, sino por el gusto o el disgusto que en cada situación siente. La infelicidad le va avisando, como la aguja de un aparato registrador, cuándo su vida efectiva realiza su programa vital, su entelequia, y cuándo se desvía de ella.» A continuación Ortega cita con aprobación a Goethe, que escribe: «El hombre... de sí mismo sabe sólo cuándo goza y cuándo sufre, y sólo sus sufrimientos y sus gozos le instruyen sobre sí mismo...» Y comenta Ortega: «Sólo sus sufrimientos y sus gozos le instruyen sobre sí mismo. ¿Quién es ese «sí mismo» que sólo se aclara *a posteriori*, en el choque con lo que le va pasando? Evidentemente, es nuestra vida-proyecto, que, en el caso de sufrimiento, no coincide con nuestra vida efectiva: el hombre se dilacera, se escinde en dos— el que tenía que ser y el que resulta siendo. La dislocación se manifiesta en forma de dolor, de angustia, de enojo, de mal humor, de vacío; la coincidencia, en cambio, produce el prodigioso fenómeno de la felicidad.»¹⁸

El gusto y el disgusto son como señales de tráfico que nos avisan de que vamos o no en la buena dirección, la que conduce a realizar nuestro yo auténtico y, por tanto, a la felicidad. Nada hay, en efecto, tan delicioso e incluso voluptuoso como ser uno mismo auténticamente. «Ser sí mismo» nos representa la caricia más secreta y profunda, es como si acariciaran nuestra raíz. Es la promesa de la máxima voluptuosidad..., la delicia de ser sí mismo. Vamos a palpar, temblando de placer, las morbideces del yo...»¹⁹

La felicidad puede ponerse en el tener, en el ser y en el hacer. En el tener la ponen los que la buscan en las posesiones, las riquezas, los cargos o los poderes. En el ser los que la buscan en el desapego a las cosas y el cultivo de la propia perfección, tanto si ésta consiste en la identificación con el *dào* o con el *Brahman*, como en el cultivo moral o intelectual de la propia personalidad, o en la salud y la forma física. En el hacer la ponen Aristoteles, para quien la felicidad consiste en ejercicio y actividad, y Ortega, para quien la vida es esencialmente quehacer.

Nuestra vida es como un drama u obra de teatro. Vivir es no sólo representar la obra, sino también inventarla, escribir el guión. La vida auténtica y feliz consiste en la escritura y representación del guión único e incanjeable de cada uno. Pero, ¿cómo dar con tal guión verdadero, original, incanjeable? ¿Cómo descubrirlo, escribirlo, vivirlo? He ahí el problema. Para solucionarlo

¹⁸ *Ibid*, pág. 407.

¹⁹ *Ibid*, pág. 425.

Ortega sólo nos da una pista: el gusto o el disgusto que sentimos en las diversas situaciones. Al final tenemos que inventar nuestra vida creativamente, procurando acercarnos al perfil feliz de nuestra existencia ideal. Sólo nuestra felicidad o nuestra frustración nos confirmarán si hemos acertado o no.

4. VERSION CONTRA DIVERSION

La insistencia orteguiana en la seriedad de la vida y su exhortación a que pongamos toda la carne en el asador para llevar a cabo nuestra vocación son características de la visión dramática, incluso trágica, en cualquier caso seria, que tiene Ortega de la vida como tarea a realizar, como vocación que cumplir, como esfuerzo en que volcarse. En esto contrasta abruptamente con la concepción frívola de la buena vida, actualmente bastante extendida, según la cual ésta consistiría en el volverse de espaldas a nuestra ocupación más seria, en el despreocuparse, desentenderse, distraerse, divertirse, irse de vacaciones.

Frente a la di-versión, Ortega nos invita a la versión, a vertirnos en nuestra tarea, a lanzarnos a ella de pies y manos. Frente a la des-preocupación, la preocupación consustancial con la vida auténtica. Frente a la dis-tracción, la tracción de todos nuestros esfuerzos hacia metas asumidas. Frente a la vacación, la vocación.

Muchas veces nos resignamos a realizar trabajos que no nos llenan, a vivir una vida que no sentimos como íntimamente nuestra, y luego tratamos de compensar la insatisfacción resultante pidiendo más vacaciones, más distracciones, más diversiones. Pero con ello no hacemos sino esquivar el verdadero problema, en vez de agarrarlo por los cuernos.

Si vivimos nuestra vida óptima, si nos traemos a nuestra mejor vida posible, si nos vertimos en la realización de nuestra vocación, no tendremos necesidad de vacar, de di-vertirnos, de dis-traernos, excepto el mínimo indispensable para nuestro descanso físico.

Ortega nos invita a encarar nuestra vida de frente y, en un esfuerzo creativo, a inventar o descubrir —ahí está su ambigüedad— su figura óptima posible. Descubre tu vida óptima y vívela, nos dice Ortega. El premio que nos promete, como toda sabiduría, es la felicidad.